

Ricardo Vicente López

*El amor
en los tiempos
de la
globalización*

Los cambios en las conductas sociales
y los nuevos modos de relaciones

Cuadernos de reflexión:

Las personas y los sentimientos

Una primera aproximación

En el tratamiento habitual de las informaciones que circulan por el espacio público aparecen temas dispersos que examinan temas de orden social, político, económico, cultural, que no dan lugar a una investigación que los contenga en un análisis que hilvane las diversas dimensiones, en la indagación de explicaciones más abarcadoras. Es así que podemos leer muy interesantes planteos de la estructura económica o política que no abordan las consecuencias que tienen sobre la conciencia del *ciudadano de a pie*. De modo tal que cuando vemos una nota sobre las dificultades de la subjetividad individual y/o colectiva aparece ésta totalmente desgajada del contexto socio-histórico en el que se desarrollan, por ello las preocupaciones acerca de por qué se siente o se piensa de un modo determinado sólo encuentran análisis circunstanciales o ligados a las biografías personales.

El tipo de temas que trabajado en estas páginas, por regla general, no se han aventurado en la investigación de lo que se podría definir como la dimensión psicosocial de la problemática humana, salvo algunos estudios¹, por tal razón me pareció oportuno hacerlo ahora partiendo de unos comentarios que propongo respecto de la aparición de un libro muy interesante. El tema me permite reflexionar sobre la idea de lo humano que está por debajo de tratamientos más superficiales. Motiva esta elección indagar sobre los procesos socio-históricos cuyos resultados involucran a multitudes conformadas por protagonistas-personas reveladoras de las repercusiones en ellas encarnadas. Es por esto que centro la mirada en esa dimensión psicosocial, para, desde allí, reflexionar respecto de cómo se van configurando las subjetividades de esos protagonistas-personas en estos tiempos globalizados.

Los cambios, por ser cotidianos en tiempos que escapan a la percepción de ese *ciudadano de a pie*, no posibilitan el acceso a la reflexión sobre ellos. Para tal tarea, propongo estas páginas para tomar nota, recuperar informaciones que habitualmente pasan velozmente ante nuestra mirada y que, por lo tanto, no promueven el análisis, atropellado por la cascada periodística: una especie de pausa que nos permita profundizar la mirada por debajo de la “actualidad”, hurgar, entre sus pliegues, las causas ocultas de todo ello. Hablar del *amor de estos tiempos* nos obliga a aclarar qué se está planteando. Mi motivación fue incitada por los comentarios sobre un libro reciente, *Amor a distancia, nuevas formas de vida en la era global*, (Ed. Paidós). Su título me hubiera provocado, prejuiciosamente, un rechazo inmediato, por el tema que propone.

El mundo editorial del *bestseller*, de liviano tratamiento sobre problemas de “temas el corazón”, con una metodología correspondiente a una línea de publicaciones dadas en llamar de “autoayuda”, cuyo objetivo es, sobre todo a ganar dinero a autores y editoriales, hubiera sido suficiente para haberlo dejado pasar sin detenerme.

Planteo del tema

Lo que me sorprendió fue descubrir como autores dos investigadores de sobrado prestigio académico y de larga trayectoria universitaria, como para obligarme a ver de qué se trataba. Ellos son Ulrich Beck (1944), sociólogo alemán, profesor de la Universidad de Munich y de la London School of Economics. Se ha

¹ Se puede consultar *La esperanza como problema* publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2

especializado en la exploración de las condiciones cambiantes del trabajo en un mundo de creciente capitalismo global; ha contribuido con nuevos conceptos a la sociología alemana, incluso con los de la llamada "sociedad del riesgo" y la "segunda modernidad". Es autor de una larga serie de trabajos publicados en revistas especializadas y de más de diez libros. La coautora es su esposa, de no menor trayectoria académica y producción científica, Elisabeth Beck-Gernsheim (1946), alemana, socióloga, psicóloga y filósofa; profesora en la Universidad de Erlangen-Nuremberg, doctorada en la Universidad de Munich.

El haberme detenido en los antecedentes profesionales de ambos es para avalar y justificar el análisis de sus investigaciones y de las conclusiones que nos proponen. No debemos pasar por alto el hecho de que están hablando de *su mundo*, el mundo de los países superdesarrollados. Si bien la periferia de ese mundo no necesariamente reproduce el cuadro analizado, tampoco debemos olvidar que hoy se cumple, en esta cultura interconectada la advertencia del viejo refrán: «Cuando veas a tu vecino afeitarse pon tus barbas a remojar».

El ángulo desde el cual avanzan en sus investigaciones puede parecer muy banal; sin embargo, algo ha llamado la atención de estos investigadores para que abordaran el tema *amor a distancia*, como reza el título del libro. Comienzan con una descripción:

El amor a distancia se caracteriza por la separación geográfica. Los amantes viven a muchos kilómetros de distancia, en distintos países o incluso en distintos continentes. Uno de los rasgos distintivos de la actual elección de pareja es que se ha ampliado enormemente el campo de posibilidades. El *mundo de las barreras amorosas* se ha convertido en el *mundo de las posibilidades amorosas*. En primer lugar, las barreras sociales se han permeabilizado, y los controles sociales se han relajado. Antes era la unidad familiar la que regulaba y encarrilaba la elección de la pareja con arreglo a la propiedad y al estatus social. En nuestros días, la unidad familiar –cuando existe– ha perdido gran parte de su poder.

Partiendo de esta afirmación, como base de sus investigaciones, descubren detalles interesantes, que empiezan a advertirse entre nosotros, aunque todavía son infrecuentes. Este tipo de relaciones amorosas puede encontrarse entre nosotros como novedad o esnobismo, pero los señalamientos van apareciendo y deben llamar nuestra atención, dado el clima de amoríos livianos, observables hoy en jóvenes y no tan jóvenes. Si bien en el primer mundo el estándar social permite un manejo de dinero, no accesible para muchos en la periferia: Sin embargo, no sería de extrañar que esas modalidades se vayan extendiendo. Leamos:

También el encuentro de los amantes se ha liberado de las reglas relativas a la procedencia que imperaban en la así llamada "buena sociedad": las listas de invitados de las clases altas ya no se pliegan estrictamente a la regla de la procedencia social. Han surgido campos de encuentro –el trabajo, las asociaciones, los gimnasios– enteramente mixtos desde el punto de vista social. Antes, la mayoría de las veces, la vida se desarrollaba en el marco de la vecindad en sentido amplio. En nuestros días, el medio vital, el mundo de la vida, abarca un espacio mucho mayor. Cursos de idiomas, viajes de trabajo, vacaciones: la movilidad de una localidad a otra, de un país a otro, hace ya tiempo que forma parte de la vida corriente. Como consecuencia, el espacio de posibles encuentros entre personas se ha ampliado enormemente y, con ello, el de potenciales parejas.

La descripción de las condiciones sociales de décadas atrás no es tan diferente de las nuestras, y los cambios introducidos ya los vemos entre nosotros. La ampliación y diversificación de las posibilidades de encuentros que ofrecen las prácticas sociales actuales, de la franja de medianos y altos ingresos, tampoco presentan desemejanzas importantes. Si subrayo esa franja social es porque me parece la más proclive a incorporar ese tipo de conductas. Un medio de comunicación que va ganando cada vez más usuarios amplía las búsquedas:

A esto se suma, como un nuevo espacio de encuentros que gana adeptos a gran velocidad, Internet. Los buscadores nos traen directamente a casa, mejor dicho, al ordenador portátil, una oferta mundial que se renueva cada minuto. Con Internet, las tentaciones se multiplican hasta el infinito. Se abre un *mundo de posibilidades ilimitadas* y también el *horror de las posibilidades ilimitadas*. Los buscadores son causa, instrumento y resultado de una búsqueda que camina hacia y trabaja en la ampliación de sí misma. El imperativo inmanente de esta

búsqueda es la optimización. Cuanto más amplia sea la oferta, mayor será la tentación. Quizás el próximo clic me ofrezca al candidato ideal. Así que, ¡a seguir clicando! Hay que encontrar al mejor o a la mejor, pero nunca se encuentra. “No dejo de mirar qué nuevas mujeres o interlocutoras interesantes y guapas (o varones) aparecen ahí. Puedes entrar todos los días. ¿Qué vida podrían depararme hoy?”, confiesa el/la romántico/a de la maximización y el/la realista de lo virtual.

¿Dónde se encuentran todavía hoy los que buscan amor? Sobre todo en el trabajo, luego en el círculo de amistades, en el club, en los boliches. Lo que llamó la atención de los investigadores es que Internet ocupa ya el tercer puesto, por encima del club, la discoteca, las vacaciones o el supermercado. Un estudio actual revela que, entre personas de entre treinta y cincuenta años, un tercio de los contactos que acaban en parejas se establece a través de Internet. Y es una tendencia creciente. Para encontrarle algunas causas, se plantean esta reflexión:

El amor fue y sigue siendo amor imaginado. Tiene lugar en la cabeza, eso lo sabemos. Lo peculiar del amor a través de Internet radica en que solo tiene lugar en la cabeza. Internet modifica la condición grupal del amor. Hace posible, en primer lugar, la no presencia de los implicados; en segundo lugar, el anonimato de su contacto. Con ello, en tercer lugar, libera la imaginación. Y, para terminar, puede imponer el imperativo de la optimización: “Antes de atarte para la eternidad, comprueba que no haya algo mejor”. La ausencia de corporalidad en el amor a distancia y el anonimato que garantiza Internet como punto de encuentro puede incrementar el romanticismo de la búsqueda, pero también engendra desinhibición. Podemos decir cómo se organiza y escenifica la búsqueda de pareja a través de Internet: hoy las agencias mediadoras ya no facilitan dos o tres parejas posibles a los que buscan, sino unos cuantos cientos de miles, unos cuantos millones. Se informa a los usuarios de que hay varios cientos de miles o millones de personas que están ahora conectadas y con las que se puede contactar ahora mismo, cuántos contactos por hora están teniendo lugar, cuántos miles de fotos se han colgado en internet durante la última hora.

El cambio social y las subjetividades

Hablé antes de los cambios en las subjetividades y ya nos estamos enfrentando a prácticas sociales que a muchos de nosotros nos incomodan, nos sorprenden o rechazamos, puesto que tocan zonas de nuestra intimidad a las que no estamos en condiciones de adaptarnos. Pero es evidente que las nuevas generaciones tienen una predisposición a explorar modos de relación que, si bien no se convierten en sus modelos, no les provoca rechazo ver de qué se trata y qué se siente. Las nuevas condiciones que impone el amor a distancia, según nuestros investigadores, son:

La búsqueda de pareja por internet se desvincula del espacio y del tiempo. Es posible más allá de la ciudad, a cualquier hora. La fluidificación del espacio, fenómeno que se observa en las ciudades, se traslada también al campo. Los excesos de la noche no caracterizan ya sólo a la vida nocturna. Las personas se encuentran con mayor número de personas, los rostros se suceden aún más deprisa. Internet implanta en todos la idea de “posibilidades ilimitadas”. Y también el que no busca pareja sexual o amorosa vive su mundo como el de Internet. Conoce las posibilidades. Sabe lo que hacen otros. Tiene imaginación.

Aparece un aspecto que debe atenderse como advertencia para detectar cómo se inician estas nuevas modalidades. Si bien no todos buscan parejas, saben qué hacen otros, y se van acomodando a estas modificaciones sociales que tienen su correlato en el perfil de las nuevas subjetividades. Si hablé antes de incomodidades y hasta rechazos, vemos ahora que, aunque no se inician en las nuevas prácticas, las tienen como posibilidades que existen y están a la mano para cualquier intento de experiencias diferentes. Es decir, las nuevas posibilidades, por conocidas, integran el abanico de ofertas disponibles. El solo saber de su existencia cambia la actitud subjetiva, incorpora, como otro tipo de modalidad, esas prácticas, que ya no incomodan ni provocan rechazos. Es una forma de aceptación que denota un cambio. Las relaciones a

distancia se convierten de este modo en prácticas existentes aceptadas como parte de la *normalidad*. Sigamos leyendo para ver en qué medida la subjetividad actual es diferente de la de no tanto tiempo atrás:

No solo es novedosa la multiplicación hasta el infinito de las posibilidades de encuentro entre personas. Con el amor a distancia, también cambia el ámbito en el que se despliega el anhelo amoroso, lo que el amor significa para el deseo, lo que puede y no puede, la sensualidad del amor, la relación entre amor, sexualidad, intimidad, la relación entre amor y vida cotidiana, amor y trabajo. Vivir la variante geográfica del amor a distancia significa creer en la posibilidad de una intimidad y afectividad intensas entre personas que durante largos períodos no pueden mantener relaciones sexuales.

Yo debo confesar que mi imaginación no alcanza a comprender la aceptación de relaciones de ese tipo. Porque se me presentan una cantidad de interrogantes para los cuales no encuentro respuestas. Por cómo lo describen los autores (ambos son de mi generación), me hace pensar que tampoco ellos se encuentran cómodos con lo que van descubriendo. Se percibe en el modo de decirlo: «Significa creer en la posibilidad de una intimidad y afectividad intensas entre personas que durante largos períodos no pueden mantener relaciones sexuales» (subrayados míos). Una pregunta que se me presenta es: ¿qué clase de pareja se forma? La respuesta que ofrecen es:

En el amor mediado por las tecnologías de la comunicación, en el amor por teléfono o Internet, debe renunciarse a muchas formas de sensualidad. Tiene que salir adelante sin contacto físico de las manos, la piel, los labios, sin un verdadero encuentro de las miradas, sin que los implicados puedan llevarse mutuamente al éxtasis del orgasmo. Queda la sensualidad de la voz y el lenguaje, del contar y escuchar, del ver y ser visto. El amor en proximidad puede ser o tornarse silencioso; en cambio, el estímulo y sostén del amor a distancia en su variante geográfica radica única y exclusivamente en el lenguaje y la mirada.

Se puede sospechar, con mucho riesgo de que uno se deje llevar por los propios prejuicios, que este tipo de relaciones está sostenido por un entramado sentimental muy tenue. La apertura de múltiples relaciones parece atentar contra la solidez de ellas, que se ven siempre tentadas, por lo que hemos visto, por la posibilidad de que aparezca una “oportunidad mejor”. Las limitaciones que impone la distancia, la probable o supuesta frialdad del medio tecnológico permite suponer cierta inestabilidad de la relación y un riesgo posible de una vida breve. Por ello dicen al respecto los autores: «Funda por ello especiales oportunidades y, paralelamente, adolece de una especial fragilidad».

Insisto en las limitaciones que debo reconocer me impone mi pertenencia a la generación de los cuarenta, mi cultura familiar, mis recuerdos de las pibas del barrio, de los asaltos, de las “picardías” adolescentes (pálidas ingenuidades ante las prácticas de hoy). Todo ello me inhabilita a juzgar —con mis valores, sin por ello abandonarlos— los modos sociales que hoy se presentan como nuevas posibilidades. La necesidad de intentar el análisis aséptico, para no incurrir en las mismas conductas que reproché a mis mayores, que “no entendían el cambio de los tiempos”, me obligan a ser muy prudente. Este tema tiene muchas aristas de difícil abordaje, pero ello no debe impedir el intento de comprender la vida sentimental de las generaciones actuales. Volvamos a la investigación:

La unidimensionalidad de sus recursos sensoriales puede significar vida breve, muerte rápida. En una cultura como la occidental, en la que el encuentro físico inmediato y el contacto corporal desempeñan un papel esencial en el amor, el amor a distancia es difícilmente sostenible a largo plazo. El lugar “puro” del amor a distancia es la voz, el relato que tiene noticia de los paisajes de sentido interior del interlocutor y se adentra en ellos, con otras palabras, el que domina el arte de la intimidad: hacer perceptible la cercanía en la distancia. Aquí “arte” debe entenderse en el sentido literal de la palabra. La intimidad de la voz vive del intercambio del autorretrato narrado en el que el otro o la otra se hace presente.

El esfuerzo por internarse en los vericuetos del alma de los practicantes del amor a distancia los lleva a describir la relación, así pactada, en una especie de obra teatral, en la cual los actores elaboran y asumen sus personajes respetando el “arte de la interpretación”. Son lo que el relato dice, sin que los interlocutores

tengan otro recurso que la fe en esa “verdad” para permitirles mantener la relación. En este punto, la investigación ofrece una faceta sorprendente al buscar modelos socio-históricos en los cuales encasillar los perfiles psicológicos de los actores de estos juegos:

Con todo, el amor a distancia geográfica posee un carácter monacal, monjil, conventual. Permanece en lo abstracto, pues su lugar son los correos electrónicos, Facebook, los sms y Skype. El puro amor a distancia, el “solo” amor a distancia, es difícilmente practicable para los que no son monjes ni monjas. Para las personas normales tienen que darse regularmente oasis de sensualidad directa que involucren todos los sentidos, de “hartazgo de amor”. Y para los otros momentos necesitan rituales y símbolos que recuerden una y otra vez, redescubran, sostengan y afiancen lo común. Puede que el concepto de “intimidad a distancia” suene muy romántico, pero es una forma de romanticismo que se alimenta de las sobrias virtudes de la regularidad, la fiabilidad, la planificación. La intimidad a distancia depende de acuerdos estables, del sostenimiento del vínculo interior (por ejemplo, hablar por Skype todas las tardes, verse cada seis meses). Y puede fracasar.

Aporta nuevos argumentos que no ayudan a la defensa de esta modalidad.

Una ambigüedad conceptual

Tal vez, incursionar en el examen de una ambigüedad que gira en torno al concepto ‘amor’ pueda ayudarnos a comprender un poco más el tema propuesto en estas notas. Tomemos algunas reflexiones de Erich Fromm² (1900-1980), una personalidad académica de indudable y bien ganado prestigio. En su libro *El Arte de Amar* (1956), propone diferenciar dos sentimientos: el *enamoramiento* y el *amar*. Dice que se puede hablar de enamoramiento cuando se siente una fuerte atracción al conocer a alguien, ante quien se dejan caer las precauciones habituales con las que se acerca a otras personas y se entrega sin reparos. Esta persona recibe un impacto que lo inhabilita para ejercer, sobre la otra persona, ninguna forma del análisis crítico. La idea que se forma de ese otro/a lo convierte en una figura “casi perfecta”. Enamorarse no debe ser entendido, entonces, como una actitud reprochable. Por el contrario, es maravilloso, siempre que se sepa que es sólo el principio de una relación que transitará por un largo camino.

Cuando esa relación permanece en el tiempo, y los sentimientos se conservan, los pensamientos se han ido puliendo, han ido avanzando, madurando, profundizando, se tornan más íntimos, empieza a tomarse conciencia de que, por fin, se ha realizado una verdadera conexión con alguien. La felicidad y la alegría son tonos que colorean la vida y se expresan en el buen humor. Esa es la diferencia entre enamoramiento y el amar. El amar demanda conocer a la otra persona, requiere tiempo, reconocer los defectos del ser amado, ver lo bueno y lo malo de la relación, y amar a pesar de ello, con el compromiso de ambos de ir perfeccionando esa relación a lo largo del tiempo. Por ello el *verdadero amor no es ciego*. El amor no niega los defectos, los acepta, con la conciencia clara de que quien ama tampoco es perfecto.

Fromm corona sus palabras con esta frase, cargada de profunda sabiduría: «Empezamos a amar cuando dejamos de estar enamorados». El enamoramiento puede ser el comienzo de algo más importante, pero nada garantiza que así suceda. Muchas veces, la ceguera previa es un obstáculo que impide comprender que se está enamorado de una persona ideal, construida en su conciencia, pero alejada de la realidad de quien recibe ese sentimiento. Por ello afirma:

Muchas personas son adictas a estar enamoradas. Terminan sus relaciones, cuando la magia de haber conocido a alguien nuevo desaparece; cuando empiezan a ver defectos en la otra persona y a

² Psicoanalista alemán. Se licenció en Sociología y Psicología, en la Universidad de Heidelberg. Sus investigaciones fueron publicadas en varios libros de muy importante repercusión mundial.

darse cuenta de que no es tan perfecta como pensaban. El amor verdadero está basado en la realidad, no en un sueño de que encontraste a tu príncipe azul o a tu princesa encantada.

De ello se desprende que el enamoramiento es una conducta que tiene muchos componentes adolescentes, que reflejan inmadurez, poca conciencia de cómo evaluar los sentimientos y otorgarles su justa dimensión y su densidad. El enamoramiento, cuando se convierte en una actitud que es forjada por la presencia de diferentes personas y que se disuelve con mucha ligereza, puede convertirse en una patología. El personaje de esa práctica padece el engaño que lo lleva a creer lo que no es, en adjudicarle a su creación las cualidades proyectadas a través de su utopía.

Como método sencillo, extraído de la experiencia cotidiana, para detectar un enamoramiento, se puede proponer un juego: pedirle a la persona que dice amar que enumere las razones que sustentan ese sentimiento. Si responde algo estúpido y/o irracional del tipo: “Lo quiero, porque tiene los ojos más verdes del mundo”, “Me encantan sus manos tan fuertes” o “Adoro ese lunar que tiene”, “Me enloquece el hoyito que se le hace junto a la boca cuando sonrío”, esa persona está enamorada. Si, en cambio presenta una lista de virtudes loables, como que es una buena persona, considerada, sincera, inteligente, amante, trabajadora, solidaria, compañera, etc., es muy probable que la ame.

La necesidad de no olvidar los contextos históricos

Dejé anotado anteriormente que Ulrich Beck y Elisabeth Beck-Gernsheim investigaron, analizaron y pensaron el amor a distancia, lo habían hecho desde la experiencia socio-histórica de la Europa de fines del siglo XX y comienzos del XXI, y que ello daba a sus resultados un grado de regionalismo cultural que no debía perderse cuando se los leía, aun en plena globalización. Al haber recurrido a Erich Fromm debe recordarse esta misma advertencia, más un agregado importante: sus trabajos están separados por más de medio siglo respecto del libro que estamos analizando. Estos cincuenta años de distancia colocan en sus polos a dos Europas muy distintas (dos mundos muy distintos).

El comienzo de la segunda mitad del siglo pasado en Europa mostraba una capacidad de reconstrucción económica, con sus repercusiones en otras dimensiones sociales, que alentaba esperanzas de recuperar viejos esplendores. Si bien las heridas de la guerra no estaban totalmente cicatrizadas, no parecían ser un obstáculo en la tarea de la restauración. Sin embargo, la importante presencia cultural estadounidense, por la vía del Plan *Marshall*, iba tiñendo ese proceso de un tono yanqui. No era fácil dejar atrás el peso de siglos de cultura arraigada en sus orígenes modernos, pero una curva de desvío comenzaba a percibirse. Esto se manifestaba en las quejas de intelectuales que reclamaban por esa intromisión cultural. De todos modos, Europa seguía siendo todavía Europa.

Las últimas tres décadas de presencia de la cultura neoliberal, en su expansión planetaria, pasaron como un *vendaval* sobre el suelo cultural europeo y causaron *graves daños* que se pudieron percibir con claridad a comienzos de este siglo. Subrayo daños, como figura metafórica, para patentizar el cuadro humano que describen los autores que estamos siguiendo. Pensar la cultura debe ir acompañado de hacerse cargo de las implicancias que sus vicisitudes van tallando en la subjetividad de sus habitantes. Es cierto que esto no se da como un modelo estándar y que cada quien lo metaboliza como quiere y como puede, pero hay rasgos comunes que nos abren a la comprensión de la temática que analizamos.

El europeo de esta década se parece bastante poco al de los cincuenta: en aquella época, hubiera sido impensable leer las cosas que nos ofrecen los autores. La sorpresa y el horror que habrían provocado, rozarían el escándalo. Esto puede hacerse extensivo al resto del planeta, con los matices correspondientes.

Un ejercicio que propongo, como para ponernos en clima de comparaciones: imaginemos a nuestros padres y/o abuelos leyendo, en aquellos años, lo que contiene este libro, y podremos tener una vivencia cercana de lo que comento. La comparación también puede ser útil en la relación entre los autores (Fromm y los Beck) para comprender la distancia que se aprecia en sus afirmaciones. Volvamos ahora al *amor a distancia*:

Tanto el amor cercano como el lejano tienen sus propagandistas. Unos recomiendan el amor a distancia, como terapia contra las decepciones del amor en proximidad; otros alaban las virtudes del amor en proximidad, contra las decepciones del amor a distancia. Es incuestionable, sin embargo, que el amor a distancia tiene sus ventajas, especialmente cuando los miembros de la pareja lo adaptan a sus necesidades y deseos. Hay incluso quien afirma que la cercanía no es más que un mito. La proximidad amorosa que anhelan los amantes a distancia –aseguran– no queda asfixiada por la rutina de la vida diaria. Demasiada cercanía mata el amor. La lejanía lo mantiene vivo. Descarga a los amantes de las exigencias y sobre-exigencias de tener que amarse siempre y explícitamente. Hace posible lo imposible, concilia los opuestos, cercanía y distancia, vida propia y común.

Sigamos con el ejercicio: ¿qué hubieran dicho aquellas personas al leer este texto? Es muy probable que, de haberlo comprendido, lo hubieran rechazado por antisocial, inmoral, impúdico, etc. Sin embargo, hoy estamos ante este cuadro social y, si nos molesta, nos inquieta, nos desacomoda, seguimos pensando en cómo se ha podido llegar a estas consecuencias, en caso de que no nos mostremos entregados y con los brazos caídos aceptándolo como algo inevitable. Todas esas actitudes son hoy posibles y aceptables. Esto tampoco hubiera sucedido antes.

¡Cuidado con los prejuicios!

Salgo al cruce de algún lector que pueda decirme: «¿Qué tiene todo esto de malo? Cada cual vive como quiere y como puede. ¿Quién tiene derecho a juzgar las conductas de los otros? Hemos avanzado lo suficiente como para hacer con nuestras vidas lo que nos plazca». Debo contestarle que le reconozco el derecho a pensar así, pero que no lo comparto totalmente. La libertad es un tesoro humano, el fundamento de nuestras diferencias dentro del reino animal, pero esa libertad debería ser utilizada en la construcción de un mundo justo y equitativo que le otorgue a cada persona todas las posibilidades para decidir cómo quiere vivir.

Amigo lector, ¿cree usted que este mundo de hoy las ofrece, que todos tienen a su alcance el hacer lo que desea? ¿No encuentra usted impedimentos serios para alcanzar una vida feliz, compartible, que satisfaga esos deseos? No niego que una parte (pequeña) de la población del planeta pueda lograr el ingreso en ese *mundo feliz* (aunque tengo mis dudas); pero..., y la inmensa mayoría ¿puede lograrlo? ¿No habrá allí escollos estructurales que impiden al acceso a esa mayoría? Por otra parte, la *aparente felicidad* de que disfrutaban algunos, según hemos estado viendo, ¿no será el resultado de las limitaciones para percibir algunos resultados patológicos a que dan lugar esas nuevas formas de relación social y sentimental? Por otra parte, esa *libre elección*, tan publicitada, ¿no está condicionada por la cantidad de mensajes publicitarios que la limitan dentro de ciertos patrones de gustos y conductas?

Los autores comentan, mordazmente, la disparidad de comentarios relacionados con los temas que han ido apareciendo y que recogen al respecto:

Tales diagnósticos encierran sin duda un núcleo de verdad: el amor a distancia no descansa únicamente en la separación entre amor y sexualidad, sino también entre amor y vida cotidiana. El

amor a distancia es como el sexo sin tener que lavar después la ropa de cama, como comer sin fregar los platos, como un tour en bicicleta sin sudor ni dolor de piernas. ¿Quién echaría ahí algo de menos?

El abanico de experiencias que muestra la vida cotidiana, en esta etapa de la cultura moderna, permite tomar conocimiento de la amplia gama de variaciones personales, de historias y biografías disímiles, que no pueden ignorarse dentro del cuadro analizado. Insisto aquí en la necesidad de aguzar el ojo para diferenciar, dentro de él, las patologías, que en algunos casos aparecen y de las cuales la consulta terapéutica ha dado prueba, y excluirlas como tipos de vida aceptables:

Caracteres difíciles, personas que han estado solas durante mucho tiempo y les resulta muy difícil la convivencia, celos, infidelidades, machismo, distintos criterios a la hora de educar, incompatibilidades, diferencias culturales, problemas económicos que resultan en discusiones y problemas cotidianos, desempleo y su repercusión a todos los niveles son los principales conflictos que suelen darse en las parejas.

Como un comentario que propone una síntesis transitoria para ir dando un marco de valoración a lo ya visto, sostienen:

Pero el amor a distancia no es la receta de la felicidad eterna, ni traslada a sus cultivadores a la Isla de los Bienaventurados, mientras la mayoría de las parejas de nuestro entorno se enfanga en sus rutinas. No pueden pasarse por alto los peligros a los que lo expone quedar exonerado de la vida cotidiana. Por ejemplo, que el autorretrato no nos presente a nosotros mismos, sino una versión corregida de nuestra persona. O, a la inversa, el peligro de transfigurar al compañero, de elaborar una imagen idealizada de él que no aprobaría el test de la realidad. Desde este punto de vista, amar a distancia equivale a aprender a soñar. El amor a distancia es el amor de un yo festivo por un otro festivo, purificado de la banalidad de la vida cotidiana. Cuando uno no tiene que entenderse con su compañero en las normas relativas al orden doméstico o en las terribles dificultades asociadas a las visitas familiares, se libera de numerosas obligaciones. Pero cuando solo se vive fragmentariamente al otro, y muchos aspectos de su vida solo se conocen a través de sus narraciones –o lo que es lo mismo, cuando múltiples conflictos potenciales quedan ocultos– falta el aterrizaje. Y la fantasía puede llegar demasiado lejos. El amor a distancia puede ser engañoso.

El contexto institucional

En el tratamiento del tema, hasta aquí, no habían aparecido las correlaciones socio-histórico-culturales, como, por ejemplo, la familia, los hijos, los parientes, etc. El análisis centrado en las vivencias del individuo, descomprometido del contexto, permite profundizar vivencias, pero nos aleja de la consideración del resto de las relaciones sociales. Una aproximación ingenua, un poco adolescente, coloca el acento en las ventajas aparentes que ofrece:

A las relaciones a distancia se les brinda por ello la oportunidad de romper el silencio sonoro de las relaciones cercanas. Y si ambos disponen de espacios para hablar con el otro enteramente reservados al intercambio y la comunicación mutua, el amor a distancia puede incluso articular un espesor y una intensidad particulares. El hecho de que otros sentidos no distraigan de la conversación, concentrarse enteramente en la fuerza del lenguaje y/o de la contemplación, hace posible que se aborden las principales preguntas relativas al “tú y yo”.

No debemos ignorar que un modelo de individuo bastante aceptado, en lo que se ha denominado, con mucha ambigüedad, “el posmoderno” (concepto muy manoseado, que no ofrece mayores precisiones aunque

lo aceptaré para caracterizarlo) se propone entablar relaciones superficiales, descafeinadas, frívolas, o faltas de compromiso, que parecieran ofrecer grandes ventajas para un programa de vida centrado en el goce. Con tono festivo, se las caracterizó con una expresión inglesa: el *touch and go*, un ‘toco y me voy’, aunque parezca ser más una conducta de adolescentes o posadolescentes, cuyos límites de edad hoy están muy borrosos. Este tipo de individuo no se plantea en un futuro, inexistente en su imaginario, la formación de una pareja estable que apunte a la construcción de una familia con hijos. Vive en un perpetuo presente hasta algún momento que, cuando se presente, verá... La contracara está presente, según nuestros autores:

Cuando hasta ahora se hablaba de la familia –sobre todo si pensamos en su núcleo elemental: madre, padre e hijo– se la suponía explícita o implícitamente ligada a la proximidad espacial y la convivencia directa. Esta regla no excluía fases temporalmente limitadas de separación y, como todas las reglas, conocía excepciones (las familias de marineros, por ejemplo), pero en general se daba por hecho que la relación familiar es una relación cara a cara y entraña presencia física. Es lo que revela una mirada a la historia o a la historia conceptual. Pese a las múltiples transformaciones que ha conocido el contenido del concepto a lo largo de los siglos, una nota ha permanecido invariable, a saber, la vinculación con un lugar en común. Aún más: al comienzo, este vínculo constituía el rasgo característico de la familia.

Los últimos siglos —y si tomamos como hito la Revolución Industrial Inglesa— han producido cambios sustanciales en el modelo de familia, al punto de que algunos, con mucha liviandad han hablado de la desaparición de la familia como institución fundamental de la cultura occidental. Nuestros autores, saliendo al cruce de estas afirmaciones, dicen:

Y sean cuales hayan sido las formas de vida nuevas que en las últimas décadas han ido apareciendo, vivir en el mismo lugar ha seguido constituyendo un aspecto decisivo en la concepción de la familia.

Y esta afirmación adquiere una importancia decisiva, por quienes son y por la seriedad de sus investigaciones, cuando debemos pensar con cierta rigurosidad temas como estos. Los medios de comunicación, cuyos tratamientos de este tipo de temas se caracterizan por la superficialidad y banalidad, van dejando en la conciencia colectiva una mirada menospreciativa sobre la familia, si bien no puede negarse que se han ido incorporando, a partir de la vigencia de los nuevos derechos, otras variedades de familia (homosexual, monoparental, etc.). Sostienen un poco más adelante:

Pese a ello, la nota esencial de que una familia tiene que vivir bajo el mismo techo, la premisa de un lugar, una relación cara a cara e interacción directa, nunca ha sido realmente cuestionada

Para cerrar estas notas quiero decir que, a pesar de que debemos enfrentar un mundo convulsionado, pareciera poder afirmarse, sin temor a graves errores, que en la constitución de la subjetividad de la persona sana, madura, que desarrolle lo mejor su espiritualidad, lo más humano de lo humano, hay valores que conservan toda su vigencia. Y esto no es poca cosa.

Palabras finales

Quiero finalizar estas páginas con algunas consideraciones que sinteticen los temas tratados, para ofrecer un marco de pensamiento favorecedor del avance sobre el problema, tal como lo veo yo. No pretendo dictaminar acerca de lo que está bien y lo que está mal. Me siento muy lejos del moralismo prejuicioso, tan presente en la generación de las décadas de los treinta y los cuarenta. Pero no puedo dejar de señalar que vivimos inmersos en un mundo mediático y que una de sus características más importantes es intentar ejercer

un control sobre la opinión pública³, función que, a no dudarlo, le sale bastante bien. Esta voluntad de control se ejerce de los modos más sutiles y variados, tema que ha sido largamente estudiado por los investigadores que han aportado mucha bibliografía al respecto.

Debo decir, aunque más no sea muy sucintamente, que los últimos cuarenta años, con expresión muy clara en los ochenta y noventa, han mostrado el avance de un proyecto político, denominado de dos modos: *neoliberalismo* y *globalización*, ambos dos caras de un mismo plan anunciado a comienzo de los setenta como el Nuevo Orden Mundial⁴. Allí se expresó con claridad la voluntad imperial de ordenar el planeta acorde con los intereses de los países centrales, proyecto que involucraba la subordinación de los medios de comunicación como instrumento de adoctrinamiento. Ellos debían cumplir la misión de seleccionar la información para decir y ocultar, al mismo tiempo, mensajes que cumplieran los objetivos previstos.

En este sentido el *neoliberalismo* representaba la ideología que abarcaba modos de pensar, sentir, gustar, con un acento muy fuerte en el *individualismo* y el *hedonismo*. Mientras que la *globalización* era presentada como el avance tecnológico mediante el cual se universalizaba la comunicación de modo tal que el planeta se reducía a una aldea en la cual todos veíamos, oíamos, sabíamos, todo en *tiempo real*. El mundo se convertía en un pañuelo en el que todo era evidente y claro. La expresión equívoca y tramposa del *en vivo* y *en directo* nos hacía vivir una instantaneidad del tiempo y del espacio que parecía borrar fronteras y distancias, al eliminar de este modo las diferencias culturales por las cuales todos somos iguales⁵. Este plano del planteo ofrece una perspectiva que ofrece la posibilidad de entender mejor. Al ubicar el problema en un marco más amplio de análisis, aparece con mayor claridad la existencia de un modelo de subjetividad que se amolda al *amor en la distancia*.

³ En mi trabajo *El control de la opinión pública*, comento un libro de un prestigioso profesor de Harvard que ofrece muchas pruebas al respecto. publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

⁴ Puede consultarse, sobre el tema, mi trabajo *El marco histórico de la globalización*, Parte I, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.

⁵ Remito a mi trabajo *La cultura Homero Simpson - el modelo que propone la globalización*, en el que se puede encontrar un análisis más detallado, publicado en la página http://ricardovicentelopez.com.ar/?page_id=2.